

1

CAPITÁN JINKY

–Línea abierta en la mañana de la 92.5 FM. ¿De qué se trata?

–Los he matado a todos.

Marsha Stubbins refunfuñó. Otro capullo gracioso intentando salir por la radio con cualquier tontería.

–¿De verdad? Qué bien, señor.

–Tengo que hablar con el Capitán Jinky. El mundo tiene que saberlo.

Marsha asintió. Eran las seis y cuarto de la mañana. Justo la hora en que los chiflados y los gilipollas se levantaban de la cama, escuchaban al Capitán Jinky y los Zoolanders de la Mañana haciendo el ganso en las ondas y sentían la necesidad de formar parte del espectáculo. Todas las mañanas lo mismo. Todas... las... mañanas.

–¿Qué ha de saber el Capitán Jinky, señor?

–Tiene que saber lo de los triángulos.

La voz era débil, y las palabras llegaban entre profundos jadeos, como de alguien que intentase hablar justo después de una intensa sesión de gimnasia.

–Ya, los triángulos. Parece más bien un problema personal, señor.

–¡No te hagas la lista conmigo, zorra estúpida! –La débil voz se transformó en un grito.

–Eh, a mí no me hable así sólo porque sea la que filtro las llamadas, ¿me entiende?

–¡Son los malditos triángulos! Tenemos que hacer algo. ¡Ponme con Jinky o iré ahí, te rajaré el estómago y te enseñaré la cosa negra que tienes dentro!

–Ajá. La cosa negra. De acuerdo.

–He matado a toda mi familia, ¿no lo entiendes? ¡Estoy cubierto de su sangre! ¡Tenía que hacerlo! ¡Ellos me dijeron que lo hiciese!

–Esto no tiene gracia, idiota, y por cierto, eres el tercer asesino en serie que ha llamado esta mañana. Si vuelves a llamar, avisaré a la policía.

El hombre colgó. Marsha sintió que el tipo había estado a punto de decirle algo, de volver a gritarle, hasta que había pronunciado la palabra «policía». Entonces había colgado. Al instante.

Marsha se frotó la cara. Había deseado esas prácticas, ¿y quién no? (el Capitán Jinky tenía uno de los programas más escuchados de Ohio). Pero no ese rollo de filtrar los teléfonos, con todas esas llamadas absurdas un día tras otro y todos esos tarados sueltos que se las daban de graciosos.

Estiró los hombros y miró el teléfono. Todas las líneas estaban encendidas; parecía que toda la ciudad quisiese entrar en antena. Marsha suspiró y apretó la línea dos.

En Cleveland, Ohio, en la planta diecisiete del edificio AT&T de la calle Huron, conocido anteriormente como el edificio Ohio Bell, hay una habitación.

Esa habitación no existe.

Al menos, lo que hay en la habitación no existe. En los planos, en los registros de la construcción y para la mayoría de los que trabajan en la planta diecisiete, la habitación 1712-B es sólo un archivo.

Ese archivo está siempre cerrado. La gente está ocupada, nadie pregunta y a nadie le importa. Es uno más de los millones de almacenes cerrados que hay en edificios de oficinas por todo Estados Unidos.

Pero, por supuesto, no es ningún archivo. La habitación 1712-B no existe porque es una habitación negra, y las habitaciones negras no existen. Palabra del Gobierno.

Para entrar en esta habitación negra hay que superar toda una serie de controles de seguridad. En primer lugar, hay que hablar con el vigilante del piso diecisiete, cuya mesa resulta estar a sólo cuatro metros y medio de la habitación 1712-B. Por cierto, el vigilante tiene licencia de la Agencia de Seguridad Nacional, y es perfectamente capaz de volarte el culo de un tiro si haces alguna tontería. En segundo lugar, hay que pasar la llave tarjeta por la ranura que está al lado de la puerta. La tarjeta tiene incorporado un código que cambia cada diez segundos y se calcula según un algoritmo basado en la hora; esto asegura que sólo las personas adecuadas puedan entrar a la hora apropiada. En tercer lugar, hay que teclear el código personal en el teclado numérico. El cuarto paso es situar la huella del pulgar en una pequeña placa gris que se encuentra justo encima del pomo de la puerta, para que un pequeño y sofisticado dispositivo compruebe la huella y el pulso. La verdad es que el escáner de huella no vale una mierda y se puede burlar fácilmente, pero el medidor del pulso es práctico, sobre todo si te encontrases un pelín demasiado excitado porque alguien te estuviese apuntando a la cabeza con una pistola; pistola que probablemente habría sido utilizada para matar al susodicho guardia de seguridad.

Si se superan con éxito esos desafíos, la 1712-B se abre para mostrar la habitación negra y las cosas que hay dentro de ella, que tampoco existen.

Entre esas cosas se encuentra un NarusInsight STA 7800, un superordenador diseñado para llevar a cabo una vigilancia masiva a una escala alucinante. El NarusInsight recibe información por cables de fibra óptica desde unos enormes divisores de haces instalados en las líneas centrales de fibra óptica que transfieren las llamadas telefónicas y los datos de internet hacia y desde Ohio. Esa jerga técnica significa que todas esas líneas cargan con todas las comunicaciones digitales de Ohio, lo que incluye casi todas las llamadas telefónicas realizadas desde y hacia el Medio Oeste. Oh, ¿que no se es del Medio Oeste? Ningún problema, hay quince habitaciones negras desperdigadas por todo Estados Unidos, de sobra para todo el mundo.

Esta máquina detecta frases clave, como «bomba nuclear», «envío de cocaína», o la siempre popular «matar al presidente». El sistema graba automáticamente todas las llamadas, decenas de miles simultáneamente, y emplea programas de reconocimiento de voz para convertir cada conversación en un archivo de texto. Entonces, el sistema revisa el archivo de texto en busca de palabras potencialmente peligrosas. Si no encuentra ninguna, el sistema destruye el archivo sonoro. Si, por el contrario, encuentra alguna de esas palabras, el archivo de audio y la transcripción de texto son enviados inmediatamente a la persona encargada de las comunicaciones que contienen esas palabras.

Así que, sí, se escuchan todas las llamadas. Todas y cada una. Se buscan palabras que indiquen terrorismo, drogas, corrupción y todo lo que cabe esperar. Sin embargo, debido a algunos casos bastante violentos que han surgido en las últimas semanas, una orden presidencial secreta ha añadido una nueva palabra a la lista negra de la seguridad nacional.

En este caso, la palabra «secreta» no se refería a un documento del que se hable por lo bajo con periodistas políticos. Esta vez, «secreta» significaba que no había nada escrito. No había ningún documento en ninguna parte.

¿Cuál era esa nueva palabra?

Triángulos.

El sistema buscaba la palabra «triángulos» en asociación con palabras como «asesinato», «matar» o «quemar». Dos de esas palabras resultaron estar en una llamada en una línea abierta del programa radiofónico del Capitán Jinky y los Zoolanders de la Mañana.

El sistema convirtió esa llamada en texto, y al analizar el texto encontró las palabras «triángulos» y «matar» muy cerca la una de la otra. «Te rajaré el estómago y

te enseñaré la cosa negra que tienes dentro» tampoco le quitó interés. El sistema seleccionó la llamada, la encriptó y la envió al lugar del analista asignado.

Ese lugar resultó estar en Langley, Virginia, y, curiosamente, en otra habitación negra. Y cuando una habitación del Cuartel General de la CIA es secreta, cuando es un secreto para gente que se pasa la vida creando y desentrañando secretos, es que no se trata de una operación encubierta cualquiera.

La analista asignada escuchó la conversación tres veces. Después de la primera escucha ya supo que iba en serio, pero de todas formas la escuchó dos veces más, sólo para asegurarse. Luego hizo una llamada personal a Murray Longworth, subdirector de la CIA.

Ella no sabía exactamente qué significaba que las palabras «matar» y «triángulos» estuviesen tan cerca la una de la otra, pero sí sabía reconocer una llamada falsa, y ésta parecía auténtica.

¿Procedencia de la llamada? La casa de un tal Martin Brewbaker, de Toledo, Ohio.

No era la clase de música que se esperaba oír a ese volumen.

Heavy metal, sí, o la de algún chaval furioso, fastidiando al vecindario con disonantes temas punk. O esa música rap, que Dew Phillips no pillaba para nada.

Pero no Sinatra.

No se pone Sinatra a un volumen que haga vibrar las ventanas.

I've got you ... under my skin.

Dew Phillips y Malcolm Johnson se hallaban en el interior de un Cadillac negro sin identificación y miraban la casa en la que sonaba esa música obscenamente alta. Las ventanas de la casa trepidaban; los vidrios vibraban al compás del bajo lento y temblaban cada vez que la resonante voz de Sinatra emitía una nota larga y clara.

—No soy psicólogo —dijo Malcolm—, pero intuyo que en esa casa hay un blanco chiflado.

Dew asintió, sacó su Colt 45 y comprobó la recámara. Estaba llena, por supuesto, siempre lo estaba, pero la comprobó de todas formas; una costumbre de cuarenta años no desaparece así como así. Malcolm hizo lo mismo con su Beretta. Él era mucho más joven; de hecho, un poco menos de la mitad de la edad de Dew, pero tenía la misma costumbre, establecida en esa escuela conductual que era el ejército

de Estados Unidos y luego reforzada por el entrenamiento de la CIA. Malcolm era un buen chico, un chico listo, y sabía escuchar, no como la mayoría de los agentes pipiolos de los últimos tiempos.

–Seguro que está loco, pero al menos está vivo. –Dew metió la 45 en la funda del hombro–. Por algo se empieza. Si vuelvo a ver un cadáver descompuesto, sacaré las papas.

Malcolm sonrió.

–¿Potar tú? No llegará ese día. Dime, ¿vas a follarte a esa tía del CCE?
¿Montana?

–Montoya.

–Eso, Montoya –corrigió Mal–. Tal como está yendo el caso, vamos a verla mucho. Está bastante buena para su edad.

–Yo tengo quince años más que ella, así que si ella es madura, yo soy un anciano. Además, es una de esas mujeres cultas, demasiado inteligentes para un bruto como yo. Me temo que no es mi tipo.

–No sé cuál es tu tipo. No sales mucho, hombre. Espero no ser yo de tu tipo.

–No lo eres.

–Porque si lo soy, bueno, mi mujer se va a poner muy nerviosa. Aunque no es que sea nada malo, por supuesto.

–Déjalo ya, Mal –advirtió Dew–. Ya disfrutaremos después de tu agudo ingenio. Vamos allá, es hora de empezar el baile.

El auricular de Dew le colgaba alrededor del cuello. Se lo colocó en la oreja y comprobó la señal.

–Control, soy Phillips, ¿me recibe?

–Le recibo, Phillips –dijo una débil voz por el auricular–. Todos los equipos en posición.

–Control, soy Johnson, ¿me recibe? –dijo Malcolm. Dew oyó la misma voz débil reconociendo la llamada de Malcolm.

Malcolm metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña funda de cuero para tarjetas de visita. En el interior había dos fotos: una de su mujer, Shamika, y otra de su hijo de seis años, Jerome.

Dew esperó. Malcolm solía hacer eso antes de hablar con cualquier sospechoso. A Malcolm le gustaba recordar por qué hacía ese trabajo y por qué tenía que estar siempre alerta y tener cuidado. Dew tenía una foto de su hija Sharon en la cartera, pero no iba a sacarla y a mirarla. Sabía cómo era su hija. Además, no quería pensar en ella antes de empezar una misión. Quería aislarla de la clase de cosas que tenía que hacer, del tipo de cosas que su país necesitaba que hiciese.

Malcolm cerró de un golpe el portatarjetas y lo guardó.

–¿Cómo nos hemos metido en esto, Dew?

–Porque el bueno de Murray me adora. Tú sólo vienes de paquete.

Los dos hombres salieron del Cadillac y caminaron hacia el pequeño bungalow de Martin Brewbaker. Se hallaba casi en la esquina de Curtis con Miller, justo al lado de la vía del tren, en Toledo, Ohio. No era una zona rural ni mucho menos, pero tampoco vivía mucha gente. Los cuatro carriles de la concurrida Western Avenue armaban bastante follón, no tanto como para ahogar los gritos de Frank Sinatra, pero casi.

Había tres furgonetas llenas de agentes con trajes de aislamiento biológico por si las cosas se desmadraban; una donde la calle Curtis se encontraba con la Western Avenue, otra en Curtis con Mozart y otra en Dix con Miller. Eso cortaría cualquier vía de escape a un coche, y no había ninguna moto registrada a nombre de Brewbaker, ni en el seguro ni en el archivo de la Jefatura de Tráfico. Podría dirigirse al norte y cruzar el arroyo Swan, que estaba helado, pero si Malcolm no lo atrapaba, lo harían los de la furgoneta número cuatro, aparcada en la calle Whittier. Martin Brewbaker no iba a ir a ninguna parte.

¿Les habían dado trajes de aislamiento a Dew y a Malcolm? Maldita sea, no. Esto tenía que hacerse tranquila y discretamente, y dos tontos con trajes Racal amarillos llamando a la puerta del señor Buen Ciudadano solía ser algo que mandaba la discreción a la mierda. De todas formas, Dew tampoco hubiese llevado esa maldita cosa; con todo lo que había vivido, sabía que cuando toca, toca. Y si las cosas salían según lo planeado, aislarían a Brewbaker, acercarían muy discretamente la furgoneta número uno, lo meterían dentro y saldrían pitando hacia el hospital de Toledo, donde lo esperaba un equipo de cuarentena.

–Nos estamos acercando a la puerta principal –informó Dew sin dirigirse a nadie en particular, aunque el micrófono de su pinganillo lo captaba todo y lo transmitía a Control.

–Entendido, Phillips.

Ésta era su oportunidad de capturar a uno con vida, y quizá de averiguar, por fin, qué coño estaba pasando.

–Recuerda las órdenes, Mal –dijo Dew–. Si algo va mal, no dispaes a la cabeza.

–De acuerdo, no dispararé a la cabeza.

Dew esperaba que no hiciese falta apretar el gatillo, pero tenía el presentimiento de que no tendría esa suerte. Después de varias semanas de perseguir

a víctimas de la infección para llegar y encontrar sólo cuerpos asesinados, en descomposición o carbonizados, tenían a uno con vida.

Martin Brewbaker, blanco, de treinta y dos años, casado con Annie Brewbaker, blanca, de veintiocho años. Tenían una hija, Betsy Brewbaker, de seis años.

Dew había oído la llamada de Martin al Capitán Jinky, pero incluso con esa grabación delirante, no acababan de estar seguros. Ese tipo podía ser normal, sin problemas; quizá sólo le gustaba escuchar a Sinatra a todo volumen.

*I tried so hard ... not to give in
I said to myself this affair never will go so well*

–Dew, ¿hueles a gasolina?

Dew ni siquiera había acabado de olisquear el aire cuando supo que Malcolm tenía razón. Gasolina. Del interior de la casa. Mierda.

Dew miró a su compañero. Tanto si había gasolina como si no, ya era hora de entrar. Quería susurrarle a Mal, pero Sinatra sonaba tan fuerte que tenía que gritar para hacerse oír.

–Bueno, Mal, vamos a entrar rápido. Este gilipollas quizá quiera incendiar la casa, como algunos de los otros. Tenemos que detenerlo antes de que lo haga, ¿de acuerdo?

Malcolm asintió. Dew se apartó unos pasos. Aún podía tirar una puerta de una patada si tenía que hacerlo, pero Mal era más joven y fuerte, y a los jóvenes les molaba hacer eso. Que disfrutase el chaval.

Malcolm tomó impulso y lanzó una patada; la puerta se abrió de un golpe, el pestillo salió volando hacia el interior de la casa, seguido de una estela de astillas de madera. Mal entró primero y Dew lo siguió.

Dentro de la casa, Sinatra vociferaba aún más fuerte, tanto que Dew hizo una mueca de dolor.

*In spite of a warning voice that comes in the night
And repeats, repeats in my ear*

La pequeña sala daba a un pequeño comedor, y más adelante a una cocina.

Allí había un cadáver. Una mujer. Sobre un charco de sangre. Con los ojos abiertos y la garganta cortada. Tenía el ceño fruncido en una expresión de sorpresa,

no de terror... de sorpresa o de confusión, como si hubiese muerto mientras miraba unas pruebas de *La Rueda de la Fortuna* que la hubiese dejado totalmente atónita.

Mal no mostró el menor signo de emoción, y eso enorgulleció a Dew. De todas formas, ya no podían hacer nada por la mujer.

*Don't you know, you fool, you never can win
Use your mentality, wake up to reality*

Un pasillo conducía al interior de la casa.

Los pies de Dew chapoteaban en la peluda moqueta marrón; chapoteaba sobre el espeso rastro de gasolina que hacía que la moqueta se viera aún más oscura.

Mal y Dew siguieron adelante.

Mal abrió la primera puerta de la derecha.

Un dormitorio infantil, y otro cadáver, el de una niña pequeña de seis años. Dew lo sabía porque había leído el informe. Su cara no mostraba el menor indicio de sorpresa. De hecho, no tenía ninguna expresión, sólo una vacía mirada vidriosa, y la boca ligeramente abierta. La carita estaba llena de sangre, al igual que la camiseta de los Browns de Cleveland.

Mal se detuvo; la chica tenía la misma edad que su hijo Jerome. En ese momento, Dew supo que Mal probablemente mataría a Brewbaker cuando lo encontrasen, y él no pensaba detenerlo.

Sin embargo, ése no era momento para admirar el panorama. Le dio un golpecito a Mal en el hombro, y éste cerró la puerta de la habitación de la niña. Había dos puertas más: una a la derecha y otra al final del pasillo. La música seguía retumbando, ofensiva, avasalladora.

*But each time I do, just the thought of you
Makes me stop, before I begin*

Mal abrió la puerta de la derecha. Era la de la habitación principal, y no había nadie.

Quedaba una puerta. Dew respiró profundamente, y la nariz se le llenó de olor a gasolina. Mal abrió la puerta.

Allí estaba Martin Brewbaker.

La teoría que Mal había expuesto en el coche resultó ser acertada: había un blanco chiflado en la casa.

Con los ojos como platos y sonriendo, Martin Brewbaker se hallaba sentado en el suelo del baño, con las piernas por delante. Llevaba una sudadera de los Browns de Cleveland, empapada de gasolina, y vaqueros. Estaba descalzo. Tenía unos cinturones apretados alrededor de ambas piernas, justo por encima de la rodilla. En una mano sujetaba un encendedor naranja y en la otra, un hacha roja mellada. Detrás de él había un bidón de gasolina rojo y plateado. Estaba volcado, y el contenido formaba un charco brillante en el suelo de linóleo blanco y negro.

I've got you ... under my skin

–Llegáis demasiado tarde, cerdos –dijo Brewbaker–. Me dijeron que vendríais y os he estado esperando.

Levantó el hacha y la dejó caer con fuerza. La gruesa hoja cortó la tela vaquera y la piel justo por debajo de su rodilla, rebanó el hueso y se estrelló ruidosamente contra el suelo de linóleo, seccionándole la pierna. La sangre roció todo el suelo, y se mezcló con el charco de gasolina. La pierna cortada cayó con el pie hacia un lado.

Brewbaker gritó, un alarido agonizante que ahogó durante un segundo a Sinatra. Su voz gritó, pero sus ojos no; seguían fijos en Dew.

Eso había ocurrido en un segundo. Al segundo siguiente, el hacha volvió a alzarse y a caer, cortándole la otra pierna, también por debajo de la rodilla. Brewbaker cayó hacia atrás; el peso que le faltaba le hizo perder el equilibrio. Al caer, los muñones rociaron de sangre el aire, la encimera del lavamanos y el techo. Tanto Dew como Malcolm levantaron instintivamente el brazo para que la sangre no les salpicase en la cara.

Mientras Brewbaker caía hacia atrás, encendió el mechero y lo acercó al suelo. La gasolina prendió al instante, y el fuego se extendió por el charco, el rastro del pasillo y más allá. La sudadera impregnada de gasolina de Brewbaker ardió en llamas.

Con un rápido movimiento, Mal enfundó su arma, se quitó el abrigo y se lanzó hacia delante, dispuesto a sofocar las llamas que bailaban sobre Martin Brewbaker.

Dew empezó a gritar una advertencia, pero ya era demasiado tarde.

Mal tiró el abrigo sobre Brewbaker para tratar de sofocar las llamas. El hacha volvió a ir hacia delante y se clavó profundamente en el estómago de Mal. Incluso por encima de Sinatra, Dew oyó un chasquido sordo y supo al instante que la hoja del hacha le había quebrado la columna vertebral a Mal.

Dew avanzó dos pasos hacia el interior del baño en llamas.

Brewbaker miró hacia arriba con los ojos aún más abiertos y una sonrisa aún más amplia que antes. Empezó a decir algo, pero no tuvo la oportunidad de acabar.

Dew Phillips le disparó tres balas del calibre 45 a tres palmos de distancia. Las balas le perforaron el pecho y lo hicieron caer hacia atrás, sobre el suelo resbaladizo de sangre y gasolina. Golpeó la taza del váter con la espalda, pero ya estaba muerto.

—¡Alerta, alerta! ¡Que acudan todas las unidades; agente herido, agente herido!

Con movimientos precisos, Dew enfundó su arma, se arrodilló y se cargó a Mal sobre el hombro. Se puso de pie con una fuerza que no sabía que aún tenía. Mal era un hombretón, pero Martin Brewbaker no. Dew se agachó y agarró la sudadera ensangreantada y ardiente de los Browns de Cleveland. Se echó a Brewbaker al otro hombro como un saco de comida de perro y salió a trompicones por el pasillo en llamas.

2

LO CRUDO Y LO COCIDO

Dew Phillips salió a trompicones de la casa en llamas cargando dos cuerpos; uno gemía de dolor y el otro estaba totalmente carbonizado y más allá del dolor. El aire del invierno le refrescó la enrojecida cara mientras el calor infernal le chamuscaba la espalda a través del traje.

—Aguanta, Mal —le dijo Dew al hombre que humeaba sobre su hombro derecho—. Aguanta, campeón, la ayuda está en camino.

No se molestó en decirle nada al fardo destrozado de su hombro izquierdo. Ese hombre estaba muerto, y Dew sólo lamentaba no poder volver a matar a ese cabrón.

Dew resbaló en la acera sin limpiar, y casi se cayó sobre el césped cubierto de nieve, pero recuperó el equilibrio y consiguió llegar al bordillo. Tambaleándose como un borracho, cruzó la calle. Dejó caer el cuerpo quemado y ensangrentado sobre la nieve, donde chisporroteó como una cerilla arrojada en una bebida rancia. Luego hincó una rodilla y dejó cuidadosamente en el suelo a Malcolm Johnson, su compañero.

La camisa de Malcolm, antes blanca, era una tela roja sobre su estómago. El hacha se había clavado muy adentro, lo bastante como para haberle cortado los intestinos. Dew había visto heridas como ésa antes y no tenía muchas esperanzas.

–Aguanta, Mal –susurró Dew–. Piensa en Shamika y Jerome, y aguanta. No puedes abandonar a tu familia.

Le cogió la mano, y la notó caliente, húmeda y cubierta de ampollas. El chirrido de los neumáticos cortó el aire cuando varias furgonetas Chevy frenaron de golpe. Las puertas de los vehículos se abrieron, y una docena de hombres vestidos con voluminosos equipos de guerra química saltaron al pavimento cubierto de nieve medio derretida. Llevaban subfusiles FN-P90 y, moviéndose con ensayada precisión, se apresuraron a establecer un perímetro alrededor de Dew, Malcolm y la casa en llamas. Algunos corrieron junto a Malcolm.

–¿Lo ves, colega? –le dijo Dew. Tenía la cara a pocos centímetros de la oreja chamuscada y llena de ampollas de Malcolm–. ¿Ves? Ya está aquí la caballería; estarás en el hospital antes de que te des cuenta. Aguanta, hermano.

Malcolm gimió. Su voz sonaba como un rumor, como un papel rozando contra una superficie de hormigón llevado por el viento.

–¿Ese... cabrón... está muerto?

Los labios de Malcolm, o lo que quedaba de ellos, apenas se movieron al hablar.

–Por supuesto –respondió Dew–. Tres en el corazón, a quemarropa.

Malcolm tosió una vez, lanzando un esputo de sangre densa y oscura a la nieve. Los hombres con trajes aislantes lo metieron a toda prisa en una de las furgonetas.

Dew observó a los soldados que cargaban el cuerpo carbonizado en otra furgoneta. Los demás soldados llevaron a Dew a la última furgoneta, medio ayudándolo y medio empujándolo. Entró, oyó cómo se cerraba la puerta y luego un leve silbido cuando la furgoneta hermética se fue presurizando negativamente. Cualquier escape imprevisto dejaría entrar el aire e impediría que saliese, por si Dew estaba contaminado con la espora desconocida. Se preguntó si lo pondrían otra vez en la cámara de cuarentena y volverían a vigilarlo durante días para ver si mostraba los pocos síntomas conocidos o, mejor aún, desarrollaba otros nuevos. A él no le importaba mientras pudiese ayudar a Malcolm. Si su compañero moría, nunca podría perdonárselo.

Menos de veinte segundos después de haberse detenido con un frenazo, las furgonetas ya se marchaban calle abajo, dejando atrás la casa en llamas.

3

UN PEQUEÑO PASO...

Después de un viaje de una distancia y una duración desconocidas, la segunda oleada de semillas cayó de la atmósfera como nieve microscópica, y se fue esparciendo al azar con el más mínimo soplo de viento. Se dispersaban por el aire en una oleada tras otra. Las últimas oleadas casi habían tenido éxito, pero aún no conseguían la masa crítica necesaria para cumplir su tarea.

La mayor parte de las semillas sobrevivieron a esa suave caída, pero la auténtica prueba estaba por llegar. Miles de millones murieron al tocar el agua o por las gélidas temperaturas. Otras pudieron posarse, pero encontraron condiciones inadecuadas para el crecimiento. Unas pocas aterrizaron en el sitio adecuado, pero fueron barridas por el viento, el roce de una mano o quizá incluso por el destino.

Sin embargo, un porcentaje minúsculo encontró condiciones perfectas para germinar.

Más pequeñas que una mota de polvo, las semillas fueron buscando a tientas su lugar. Unos microfilamentos rígidos, terminados en ganchos parecidos a los del velcro, permitían a las semillas agarrarse a la superficie. A partir de ese aterrizaje fortuito empezaba una carrera contra reloj. Las semillas se enfrentaban a la tarea casi imposible de conseguir la autosuficiencia; una batalla por la supervivencia que se iniciaba con un insecto microscópico.

Un simple ácaro.

El *Demodex folliculorum*, para ser exactos. Aunque microscópico, el *Demodex* es mayor que la escama de piel muerta de la que se alimenta; de hecho, es tan grande que puede ingerir una escama de un bocado. Los ácaros suelen esconderse en los folículos pilosos, pero a veces, de noche, salen y se arrastran por la piel de su huésped. No son parásitos que se encuentren solamente en sucios países del Tercer Mundo, donde la higiene es un lujo, sino en todos los cuerpos humanos del planeta.

El huésped los tenía.

Los ácaros pasaron toda su corta vida engullendo piel en el cuerpo del huésped. En su incesante frenesí alimenticio, algunos ácaros se toparon con las semillas, que eran sospechosamente similares a las escamas de la piel humana. Los ácaros engulleron las semillas microscópicas; para ellos sólo era otro bocado del incesante y opíparo banquete de piel muerta.

El pequeño sistema digestivo del ácaro machacó la cubierta externa de la semilla. Unas enzimas que digieren las proteínas, llamadas proteasas, atacaron la membrana, rompiéndola y debilitándola. La membrana se rasgó en varios lugares, pero no se disolvió por completo. Aún intacta, la semilla pasó por el tracto digestivo del ácaro.

En realidad, ahí fue donde todo empezó: en un montón microscópico de mierda de ácaro. La temperatura solía rondar los veinte grados y a veces llegaba a los veintiséis o más con la cobertura apropiada. La semilla necesitaba esas temperaturas, además de ciertos niveles de salinidad y humedad, que la piel del huésped aportaba sin darse cuenta. Esas condiciones activaron las células receptoras, encendiendo el «interruptor» de las semillas y preparándolas para el crecimiento. Sin embargo, había otras condiciones que debían cumplirse para que la germinación pudiese producirse.

El oxígeno era el principal ingrediente en esta receta del crecimiento. Durante su larga caída, la cubierta externa hermética de la semilla había impedido que penetrase ningún gas en el interior, el cual, de haber sido biológico, podría haberse denominado embrión. Pero el sistema digestivo del ácaro Demodex había deshecho la cubierta protectora externa de la semilla, lo que permitió la entrada de oxígeno.

Las células receptoras, automáticas e inconscientes, medían las condiciones y realizaban una intrincada danza bioquímica semejante a una lista de comprobaciones previas a un vuelo:

¿Oxígeno? Comprobado.

¿Salinidad correcta? Comprobada.

¿Humedad apropiada? Comprobada.

¿Temperatura adecuada? Comprobada.

Miles de millones de semillas microscópicas habían realizado el largo viaje. Millones sobrevivieron a la caída inicial, y miles duraron lo suficiente como para encontrar un entorno apropiado. Cientos de ellas cayeron sobre ese huésped en particular. Sólo unas pocas docenas alcanzaron la piel desnuda, y algunas murieron antes de terminar en un pequeño montoncito de heces de bicho. En total, sólo nueve germinaron.

A continuación se produjo un crecimiento acelerado. Las células se dividieron por mitosis, y fueron doblando su número cada pocos minutos. Obtenían energía y elementos de formación del alimento almacenado en el interior de las semillas. La supervivencia de los vástagos dependía de la velocidad; tenían que echar raíces y hacer crecer su protección en un entorno que no tardaría en ser hostil. Las semillas no necesitaban hojas, sólo una raíz principal, que en los embriones de las plantas se

llama radícula. Esas radículas eran el salvavidas de las semillas, el medio gracias al cual se aprovecharían del nuevo entorno.

La tarea principal de la radícula era penetrar en la piel. La capa más externa de la piel, compuesta por células llenas de queratina dura y fibrosa, representaba el primer obstáculo. Las raíces microscópicas crecieron hacia abajo, abriéndose paso, lenta e inexorablemente, a través de esa barrera y de los tejidos más suaves que se hallaban debajo. Una semilla no pudo romper esa capa externa; su crecimiento se fue acallando y finalmente se detuvo.

Eso dejó ocho.

Después de superar ese primer obstáculo, las raíces se introdujeron rápidamente a mayor profundidad; atravesaron la epidermis hacia la dermis y luego se colaron entre las células adiposas de la capa subcutánea. Las células receptoras medían los cambios de los niveles químicos y la densidad. Bajo la capa subcutánea, justo antes de llegar al músculo, las raíces iniciaron un cambio de estado. Cada una de las ocho raíces se convirtió en el centro de un nuevo organismo.

Se inició la segunda fase.

Ese rápido crecimiento había agotado las reservas de alimento de las semillas. Las cáscaras, que ya no eran más que vehículos de transporte vacíos, cayeron. Bajo la piel del huésped se extendieron las raíces de la segunda fase. No eran como las raíces de un árbol o de cualquier otra planta, sino más bien como tentáculos que se ramificaban desde un centro, para extraer oxígeno, proteínas, aminoácidos y azúcares del nuevo entorno. Como cintas transportadoras biológicas, las raíces llevaban esos elementos de formación hacia el nuevo organismo, propiciando una explosión de crecimiento celular. Uno de los vástagos de la planta acabó en la cara del huésped, justo encima de la ceja izquierda, pero no pudo obtener lo necesario para abastecer el proceso de crecimiento y se quedó sin energía. Algunas partes de ese vástago siguieron creciendo, uniéndose, obteniendo mecánicamente nutrientes del huésped y creando tejidos que nunca se utilizarían, pero, a todos los efectos, ese vástago había dejado de existir.

Eso dejaba siete.

Los vástagos supervivientes empezaron a formar cosas. La primera creación fue algo microscópico y que tenía autonomía de movimiento; bajo un microscopio electrónico se hubiese visto algo parecido a una bola cubierta de pelo con dos mandíbulas serradas a un lado. Esas mandíbulas cortaban célula tras célula, rompían la membrana, encontraban el núcleo y lo aspiraban al interior de la bola. Las bolas leían el ADN, el programa de nuestro cuerpo, e identificaban el código de los procesos biológicos para construir músculos y huesos, y para todos los procesos de creación y

mantenimiento. Para las bolas, el ADN no era más que un montón de programas y, una vez los habían leído, regresaban a los organismos con su nueva información.

Con esa información, los siete vástagos sabían qué tenían que construir para crecer. No de forma consciente, sino más bien como un sistema básico de entrada y salida de información, como una máquina. La conciencia no importaba; los organismos leían los programas y sabían qué hacer a continuación.

Los vástagos de la planta extrajeron azúcares del torrente sanguíneo y luego los unieron por medio de una soldadura química, rápida y sencilla, que los convertía en un material de construcción duradero y flexible. A medida que esos bloques de construcción se iban acumulando, los organismos fueron creando otras estructuras autónomas capaces de moverse con total libertad. Mientras que las bolas «leían», estas nuevas microestructuras «construían». Usando las reservas cada vez mayores de materiales de construcción, empezaron a tejer la vaina. Si la vaina no crecía rápidamente, el nuevo organismo no podría vivir más de cinco días.

Necesitaba ese tiempo para alcanzar la tercera fase.